

Misión sociológica de la Universidad ⁽¹⁾

El movimiento de la cultura y del saber, al difundirse, crea y elabora en las escuelas superiores y universitarias, sede no solo de la conciencia científica, artística, ético-jurídica y política, si que también de la energía propulsora del progreso humano polifacitado, el concepto directivo.

¿Cuál es, en efecto, la misión suprema del instituto universitario? ¿Es escuela únicamente informativa ó formativa sobre todo educacionista en el sentido de que la vida social deba recibir la acción no solo del arte, del derecho, del saber, sino también la luz del ideal, la fuerza que sacuda los sentimientos del pueblo, que encuentre en los representantes de la cultura los verdaderos intérpretes de sus necesidades, los sacerdotes que la levanten á la participación de lo verdadero, de lo bello, del derecho y de la felicidad vista por sus varios aspectos?

Quien conciba á la Universidad como un sitio tranquilo y solitario, un templo donde se investigue la verdad y se analiza lo bello prescindiendo de la vida del pueblo ó se preparan empleados y profesionales que deban estudiar después los problemas de la sociedad, tiene un concepto de la alta enseñanza, inferior al que se tenía aún durante la edad media.

A nuestro parecer el instituto superior universitario que quiera responder á un fin científico, estético y social y ser al mismo tiempo la arteria importante de la vida moral y económica de la sociedad que evoluciona, debe atender tres propósitos que lejos de contrastarse y eludirse se suponen y concurren.

Primer fin, es el estudio de los grandes problemas científicos, artísticos, ético-jurídicos y económicos; las hipótesis científicas deben encontrar un ambiente propicio á su estudio y á su verificación.

La escuela popular y la media se proponen el desarrollo del triángulo psíquico que mentamos en otra circunstancia como elemento constitutivo de la energía humana educable, es decir, la inteligencia, la emotividad y el poder volitivo en los que se recoge la rica y variada morfología de la psique humana; ahora bien, la universidad no abandona los propósitos de la escuela que la precede, se empeña profundamente en la obra, pues su misión no es solamente la de servir de órgano de comunicación de conquistas científicas, estéticas, ético-jurídicas, políticas y económicas, si que también á aumentar el patrimonio con nuevas batallas y nuevas victorias.

El alumno en la universidad, no puede ya ser un simple asimilador; debe ser un cooperador, un agitador de problemas, un investigador de la verdad,

(1) Capítulo de una obra próxima á publicarse con el título de *Sociología Pedagógica*.

un productor de lo bello, un amante de lo justo, un artífice del derecho y de la riqueza, La escuela universitaria no debe limitarse á conocer lo que el hombre ha pensado, ha sentido y ha querido como una preparación de nuevos ideales, nuevos sentimientos y voliciones más elevadas, sino que debe dilatar el pensamiento, el sentimiento y la energía del querer con una conciencia más viva del valor de la ciencia, de la fuerza del sentimiento y de la fecundidad del querer sentidos especialmente en la lucha por la verdad, por la justicia, por el derecho y por la felicidad colectiva. La universidad preciso es que refleje la vida científica, estética, moral y económica que surge y se diseña apenas en la conciencia social, porque no puede asumir forma activa y vivificante sino á través de la discusión crítica, obra correctriz y creadora de la mentalidad superior destinada á producir la ascensión social y á dar á las nuevas generaciones un concepto cósmico, antropológico, social y económico que responda á los datos de la ciencia y de la conciencia progresiva de la Humanidad. Cada renovación debe encontrar la fuerza de efectuarse en la universidad primero, que es el cerebro y la conciencia de la vida y del organismo social después.

El progreso surge de la sinérgica evolución de los factores intelectuales, sentimentales y económico-jurídicos; de donde fluye que estos factores encuentren en la universidad centro para su desarrollo, ambiente favorable para su madurez. Pensar, sentir y actuar representan las fases de la síntesis psíquica y cada escuela debe reunir estas tres condiciones; mas en la universidad se espera abrir nuevos campos al pensamiento, al sentimiento y á la acción, recoger, sistematizar y aumentar la herencia histórico-social; lo que representa el material, por decirlo así, educativo que generaciones pasadas nos transmiten á través de los siglos y que al recibir, debemos aumentar como un capital produce otro capital.

Primer objeto, por tanto, de la universidad, es proponerse y resolver nuevos problemas en el dominio indefinido de lo verdadero, lo bello, lo justo, de la política y la economía, mostrándose la matriz inagotable del saber, del arte, del cerebro y de la evolución político-económica, la fuerza dinámica del progreso social en la complejidad de sus aspectos, señalando siempre nuevos horizontes á la inteligencia que sigue y asimila las conquistas del genio clarovidente de lo nuevo que palpita flotante é indeciso en la conciencia de las colectividades humanas y se funde en la sed del bienestar, en la investigación del mejoramiento y en el vigorizante culto del ideal.

Pero si la universidad es ante todo el centro de la cultura en sus formas múltiples, en cuanto debe hacer progresar la ciencia con la infrangible constancia de quien sabe cumplir con su deber; si no debe cansarse de formular y resolver problemas y de enriquecer aquellas tradiciones científicas que se convierten en herencia histórica, ella, como hemos señalado más arriba, no puede encerrarse en el silencio laborioso de sus investigaciones, viviendo separada de la sociedad que anhela siempre una nueva vida. Rol soberano del instituto universitario es, ciertamente, aquel de aumentar el patrimonio espiritual y material del medio, pero, para volcarlo en la conciencia de las generaciones que suben, para extenderlo á todo el cuerpo colectivo, de donde se desprende esta segunda misión que liga y estrecha la vida universitaria á la vida común. Sin este circuito de cultura no se efectuaría la educación humana ni el espíritu del hombre podría desarrollarse, encarnando así una humanidad de ascendencia indefinida en el tiempo. El círculo de la ciencia, del arte y de las conquistas morales y

económicas une la elevación de la Universidad con la llanura de las multitudes y ésta con aquélla, en formas siempre nuevas susceptibles de interpretaciones y perfeccionamiento por parte de la mente superior.

Sabemos que cada obra maestra de ciencia, de arte y cada concepción ético-jurídica y económica encuentra medios diversos para difundirse al descender del genio creador y del apostolado divulgatriz hasta las turbas que la esperan y asimilan evolucionando en cierto modo, al nivel de quien la revela, produciéndose así el progreso colectivo y el ampliamiento humano por medio de la identidad psíquica que constituye la base de todas las conciencias asociadas que se entienden y compenetrándose mutuamente se desarrollan y elevan; pero, de un modo especial, la universidad puede cumplir la fecunda tarea de extender los adelantos científicos, artísticos, jurídicos y económicos á todas las mentes asociadas. Naturalmente, nos referimos á los distintos institutos preuniversitarios en los cuales se comunica el saber y se hacen generales los productos del arte y de la conciencia ético-jurídica y económica. La universidad es como el sistema nervioso central que por medio de la dimanación neurónica comunicase con el ambiente y crea la vida superior, estrecha sus estados y recibe impresiones que permiten elaborar los hechos perceptivos. Sin este sistema de intercambio y de acciones y reacciones mutuas con el medio social, la universidad estaría ensimismada como un claustro medioeval y muy indirecta ó tardíamente ó nunca sentiríase su eficacia saludable.

Estos institutos que, de varios grados ó de finalidades especiales, no deberían diferir en el fin pedagógico principal de desarrollar el humanismo en el alumno, facilitando su psiquismo intelectual, emotivo y volitivo, asimilan la materia educativa de la escuela universitaria y de las producciones de las inteligencias superiores que se elevan sobre la multitud de las manifestaciones distintas de la mentalidad común.

Los resultados de la labor del sabio permanecerían siempre como tesoros escondidos é infructuosos si no trascendiesen con la labor de la escuela y la palabra del maestro que conduce cerebros noveles á la altura de las victorias del hombre de genio; el artista vanamente, ó casi, habría hecho palpar en las generaciones lo bello si el aula no se sirviese de sus creaciones para despertar el sentimiento estético y la imaginación creadora; el héroe que con la acción vence y domina, con la virtud purifica y sublima, con el derecho humaniza ó con la economía enriquece, no sería admirado é imitado si sus grandezas no brillasen en el lugar en que la mente, el sentimiento y la voluntad se adiestran para las batallas de la vida y del progreso.

Estos pensamientos los ha expresado de un modo sintético y preciso De Dominicis en su reciente *Sociología Pedagógica*.

«A los que piensan, escribe el insigne pedagogo, sobre el hecho de la educación y de la instrucción educativa actual en los pueblos civilizados; aparece de un modo claro, que si la facultad médica se liga á las necesidades de la vida con sus principios de higiene y de profilaxis y con los cuidados prestados á los enfermos; y no menos gracias á la educación y cultura educativa que los preceptos higiénicos y profiláxicos se convierten en patrimonio, no de pocos, sino de muchos y práctica general en la sociedad. Toma el proceso educativo, toma la cultura de las escuelas de las multitudes, y todo este inmenso capital de ciencia médica universitaria, se reduce, diré así, á preciosa simiente á la cual falta el terreno apropiado que con lentitud la germine y la nutra. El tesoro de la ciencia sanitaria é

higiénica de la universidad tiene en la educación y en la instrucción de nuestras escuelas su mejor cofre » (1).

Esto que se aplica á las ciencias médicas puede repetirse con el mismo profesor, para las doctrinas jurídicas, las cuales sin la obra educativa de la escuela no podrían crear entre adolescentes la conciencia del derecho; de los conocimientos físico-matemáticos y de la cultura filosófico-literaria, popularizando aquellas destinadas á universalizar las ideas científicas alrededor de la naturaleza material, y ésta á hacer conocer el valor psicológico é histórico-social del hombre, cuando no para facilitarle una concepción cósmica. De aquí la importancia actual de los problemas escolares y pedagógicos.

La obra de elevación, de universalidad artístico-científica y el humanismo de la universidad refluye á la conciencia social primero por obra de la escuela típicamente popular, esto es, de la multitud de todos los ciudadanos integrada de todos aquellos institutos post-escolásticos que completan la misión y aseguran la eficacia; y se intensifica luego, en las escuelas secundarias, que no deben dividir los miembros de una misma sociedad sino continuar en la fraternización inter é infra psíquica como hemos demostrado; pero, existen también otras vías comunicantes entre la vida espiritual de la escuela y el pueblo que tiene derecho á elevaciones.

Es evidente que nos referimos á la obra fecunda é invaluable de las universidades populares, de la extensión universitaria, de las conferencias, del periódico y del libro como órganos de difusión y elementos de convergencia de la voluntad y de la inteligencia de los individuos.

El pueblo poseyente de las primeras instrumentalidades del saber, heredero por génesis biológica de las aptitudes á la emoción artística puede ser juez y admirador de aquellos que le trazan las vías de la ciencia, del derecho y de todo el progreso social, debe tener su universidad donde la ciencia y el arte le sea cognoscible y apreciada, aunque fuera en formas modestas correlacionadas á su cultura estrecha, pero, de modo que pueda no solo asimilar lo conocido y sus resultados, sino puesto en condiciones de poder pasar, por sí mismo, de lo conocido á lo desconocido y de la admiración, á imitar y crear.

Saludamos con viva complacencia las universidades populares, forma superior y más democrática de la extensión universitaria, más cuanto la universidad popular podría llamarse *obrero* y expresión de la conciencia del pueblo que parte hacia las regiones vastas y serenas del saber, mientras que la extensión universitaria es la ciencia libre y oficial que desciende á la conciencia popular. Ambas hallan sus apóstoles y sacerdotes en la universidad histórica y su encuentro completa la educación de la multitud y á ella traslada los avances de la ciencia, del arte, del derecho y de la economía.

Es verdad que en más de un país las universidades populares y la extensión universitaria no han dado los frutos que podía lógicamente esperarse; mas ello no deriva de la naturaleza de estas instituciones sino de los criterios erróneos de los que en ellas dominaran.

Para levantar á un individuo es preciso reducirse hasta su nivel; así debe aplanarse la enseñanza universitaria cuando se trata de hablar al

(1) S. DE DOMINICIS. *Sociología Pedagógica*. — Casa Editrice Renzo Streglio. Milano 1906. — Cap. I pág. 2.

pueblo y á los obreros de trabajos manuales; descender no significa traicionar ó desfigurar; la ciencia y el arte no consienten profanaciones. Por otra parte, es conveniente tener en cuenta que si bien es cierto que la conciencia del pueblo debe ser desarrollada en su aspecto intelectual, emotivo y volitivo, no es menos verdad que un juicio sano debe presidir la elección de las materias de enseñanza para las universidades populares y la extensión universitaria; es necesario preferir esto que más interesa al alma colectiva y responde á las necesidades sociales más adecuadamente, sin quitar aún la mirada de un concepto comprensivo de la conciencia social; por esta razón se dará ya preferencia á las cuestiones de orden económico, ya á la ciencia aplicada á la industria y á menudo á los problemas sociales, políticos y artísticos, de modo que del silencio fecundo de los gabinetes y de la austeridad de las aulas universitarias, la ciencia, el arte, el derecho y la economía política descendan hasta la muchedumbre tumultuosa para elevarla y formar de cada individuo una fuerza de labor y participe para reunir todos los ciudadanos en la benéfica fraternidad de la cultura.

Ordenadas, por lo tanto, con rectas ideas y con finalidades democráticas, las universidades populares y la extensión universitaria pueden ser de las sendas más fecundas por las cuales la universidad llegue hasta el pueblo manteniéndose en contacto con su alma colectiva para ilustrarla, extenderla y elevarla. Y sobre todo las universidades populares lo son verdaderamente porque también el pueblo suele tener su filosofía y participar del gusto y de la producción artística que siempre inspira al genio que sabe entenderlo, y tiene conciencia de su derecho y de su fuerza moral y material. De tal modo se establece una continuidad de vida espiritual entre las distintas condiciones sociales, se forma una conciencia homogénea que vibra al unísono delante la luz de la verdad, el encanto de la belleza, la fuerza del derecho y sabe comprender y animar las leyes fecundas de la producción económica.

Solo que con la universidad popular y con la extensión universitaria no se lleva siempre á los individuos alejados de los centros educativos, que sin embargo necesitan elevaciones; pero, esta necesidad la mitigan los libros y periódicos de ciencia, de arte, de cultura social y económica integrados, explicados, resumidos y difundidos por asociaciones especiales y bibliotecas populares.

Se trata de hacer recorrer la vida del cerebro hasta las últimas células del organismo social para establecer en él, armonías en las funciones y unidad en la conciencia del avaloramiento y producción científica, artística, ético-jurídica y político-económica. Precisamente son los libros los que facilitan este alimento psíquico asimilable. Cuanto se produce en el dominio de la ciencia, del arte, del derecho y de la economía, es recogido y vulgarizado por los libros que hacen surgir la hermandad de los espíritus y crean el culto universal del progreso humano. El libro ha sido en la historia de la evolución social, el hilo conductor de las ideas y de los sentimientos, y debe ser el anillo de conjunción entre la vida fecunda de la universidad y la conciencia evolutiva de la sociedad en todas sus manifestaciones.

Más penetrante aún que el libro y de más fácil difusión y adquisición es el periódico que cuotidianamente lleva las manifestaciones de la actividad mental, hasta el más remoto punto. Entendemos hablar de los periódicos que saben y cumplen la misión educativa de vulgarizar la ciencia y el progreso integral y son redactados por aquellos que en el

claustro superior ó en los medios de cultura expresan la obra de la universidad recogiendo todas aquellas corrientes intelectivas que elevan la conciencia social. Como el libro, las conferencias y las lecciones, el periódico tiene la virtud de cohesión psíquica, puede unir y hacer converger las inteligencias, sentimientos y voluntades hacia los ideales siempre nuevos y más humanos señalados por la obra progresiva de la humanidad.

Pero el instituto universitario que ya sólidamente se une á la vida social por medio de todo un sistema vascular, que hace refluir la vida siempre renovada, de lo alto á lo bajo, del cerebro á todos los tejidos del cuerpo social, no podría ver cumplido su rol si restringiéndose á la elaboración de la verdad, á la producción de la belleza, á la concepción y desarrollo de nuevos problemas ético-jurídicos y económicos y á la difusión de tantas conquistas por los medios ya señalados, si no pensase en preparar del mismo modo dignos y valientes apóstoles del progreso incesante de la humanidad.

No faltan estudiosos que propician el dejar solo á la universidad la misión de atender el culto de la ciencia, del arte y del derecho, destinando los otros institutos á la preparación del ejercicio de las demás profesiones; no afirmemos por ello que esto no pueda efectuarse, pero nos parece que ello implica romper la armonía de las funciones universitarias en la evolución social. De cualquier modo, la parte absolutamente técnica que se exige en el ejercicio de las profesiones si es posible, sea destacada de la vida científica y teórica no se puede todavía obtener sin la cultura universitaria que es la base de ésta: mientras que la preparación de los altos profesionales es siempre labor de la escuela superior, como la educación del medio profesionalista, aunque pueda conseguir su carácter específico en institutos diversos de aquel medio de cultura general y esencialmente educativa, es sin embargo, fruto de aquella escuela media que facilita medios de pensamiento recto, criterios sanos, de avaloración de la conducta y la conciencia social á sus educandos.

Si, entonces, la universidad, y este es su tercer fin, completa su alta misión preparando aquellos que deben dirigir las conciencias y las voluntades incipientes y transmitir á las inteligencias noveles el saber, el gusto estético y el afecto á la justicia y laboriosidad multiforme, favorece, legisla y administra al gobierno, con la enseñanza y con la producción y distribución de la riqueza todo el complejo movimiento social, ¿quién no vé que el impulso fecundo del progreso depende en todo de la vida, operosa y adecuado moldeamiento de los espíritus y de los impulsos más escogidos de cada pueblo por parte de la enseñanza universitaria? El magistrado, el legislador, el catedrático, el físico-químico, el economista y el ingeniero constituyen aquella categoría de individuos de la cual depende el trabajo de todos los demás, que no hacen más que seguir los consejos descendentes de las individualidades directivas, haciendo positiva y consciente la acción del pueblo del cual surgen y constituyen el alma.

Ahora ¿quién no sabe que preparando, conforme los tiempos siempre renovados exigen, estas energías espirituales directoras, el progreso humano está asegurado y la obra soberana de la universidad penetra en todas las más íntimas y complicadas manifestaciones de la vida social, de la que constituye el centro, que hace avanzar ó detenerse, que extiende ó restringe cada impulso de las naciones, cada reforma ó desarrollo de las

leyes que las gobiernan y produce la gloria ó el olvido, la felicidad ó la miseria espiritual y material?

Pero la universidad no podrá nunca llenar dignamente esta importantísima parte de su misión amplia si no vive con el medio en continua, íntima y necesaria relación; si todos los problemas y todas las necesidades sociales, no le son familiares por cariñoso y constante estudio, si ella no representa el pensamiento, el sentimiento y el querer de la colectividad que se siente capaz de avance, de modo que las grandes conquistas científicas, éticas, jurídicas y económicas, desciendan de allí acrisoladas hasta el pueblo.

Decíamos, *ut supra*, que la universidad puede compararse al sistema nervioso que invade todo el organismo y dá existencia de sentido, movimiento y conciencia; de donde así como el sistema nervioso aún siguiendo las leyes de la división del trabajo funciona de un modo sinérgico, así las facultades universitarias deben no sólo ser tales y tantas respondiendo á las crecientes complejidades intelectivas, estéticas y ético-económicas sino actuar armoniosa y activamente para permitir una concepción homogénea de la vida individual y social y de la idealidad á la que debe elevarse el realismo de los hechos presentes.

Es indiscutible que incumbe á la universidad el despertar y favorecer el impulso colectivo, como vemos entre el instituto universitario y la vida de la sociedad debe existir una relación continua de acción y reacción, lazo que hace conocer al instituto mismo la necesidad de nuevas reglamentaciones y la creación de nuevas facultades ó cátedras que puedan satisfacer exigencias recientes; así resulta evidenciado que la creciente conciencia social con su amonestación solemne inspira á la universidad, que la eleva interpretándola.

Es casi imposible establecer con criterios fijos é inmutables el número de los enseñantes universitarios. De un modo general y puramente teórico podemos afirmar que las facultades y las enseñanzas que ellas comprenden deben, teniendo en vista el desarrollo integral de la conciencia humana, responder á todas las exigencias crecientes de la vida social, lo que indica que no pudiéndose fijar *a priori* los límites de la cultura y de las enseñanzas, éstas deben seguir el impulso progresivo del saber, de la conciencia ético-jurídica y económica y aumentar evolutivamente.

Por esto, no debe olvidar el pedagogo sociólogo que las facultades universitarias deben representar toda la vida social y estar entre ellas ligadas evitando así, contradicciones y antagonismos. Solamente con esta armonía é independencia podemos reconocer el carácter educativo y gestativo de la universidad, la cual en caso adverso, sería un terreno donde trabajaría cada uno para sí, sin finalidades supremas á las cuales subordinar sus estudios, lecciones, experimentos y ejercicios; y sin conciencia de su alta función.

No se puede pretender que todos los profesores de la universidad tengan el mismo concepto de un problema determinado y de su solución y no sean libres de interpretar diversamente; la controversia misma, es necesaria; pero puede pretenderse lógicamente que el profesor superior sea un hombre de ciencia ó un artista ó un tecnólogo y en tal caso la ciencia, el arte y el saber aplicado proveen por su naturaleza á la conjunción de las inteligencias y marchan á la unidad del concepto cósmico, antropológico y social. El diletantismo puro que divide comúnmente á los espíritus debe ser excluído del templo de la ciencia que no puede acoger

más que á los verdaderos sacerdotes, los cultores del ideal que vivifica con la realidad y que asciende con el perenne desarrollo de la energía consciente.

Si la universidad es educatriz, es tal porque justamente sabe dar una explicación del cosmos, sabe expresar cual y cuanto es el valor del individuo, sabe analizar y sintetizar la vida colectiva é indicar las idealidades soberanas que la sostienen. Todos estos conocimientos son indispensables para que el educacionista universitario sea un cultor de la verdad, de la belleza, del derecho ó de la ciencia aplicada á la industria.

La necesidad de esta íntima relación entre todas las ramas universitarias, con objeto de que pueda surgir el progreso integral de una concepción del mundo, del hombre y de la sociedad, positiva, fecunda y derivada de las expansiones de la conciencia que proponen y resuelven los problemas más fáciles y dificultosos, fué admirablemente sentida y expresada por Angiulli. Dice este autor: «La filosofía que abraza los principios de todas las ciencias pone de manifiesto los vínculos que los unen é impiden con su fuerza centrípeta en contra de los impulsos centrífugos de las disciplinas singulares, la escisión de las facultades y los perjuicios originados del desmenuzamiento de la vida universitaria».

« Pero la eficacia de la enseñanza filosófica en el concordar de los principios de las otras materias; en el promover los progresos de las investigaciones científicas, en la armonización de las ideas, en el disciplinar la mente de los jóvenes y en el indicar los fines de las aplicaciones prácticas, refluyen de la universidad al seno de la vida social. La armonía de las facultades universitarias reverbera en la armonía de las distintas partes de la labor humana, de la industria hasta la política y las relaciones de las diversas clases ».

Aceptamos las ideas de Angiulli aunque la filosofía que pretende ser la intérprete de las leyes cósmicas, antropológicas y sociales, está fuera de programa en distintas enseñanzas, sea realmente científica como impone la inteligencia robusta, y no una poesía más ó menos sofisticada y metafísica. Queremos que todos los laureados frecuenten algunos cursos de perfeccionamiento y complemento de alta educación espiritual, lecciones de filosofía teórica, de ética, de psicología y de sociología general pedagógica porque todos podrían tener una concepción verdaderamente científica del mundo, del hombre y de la sociedad. Solamente la verdad y el culto profundo, sincero y desinteresado de ella puede conquistar los espíritus á hacerles pensar, sentir y actuar con fecundas concordancias. Sin una filosofía verdadera que da un valor positivo á la existencia y explica lo mejor posible los grandes problemas que á la inteligencia humana se presentan con implacable constancia, no puede existir progreso consciente y verdadera civilización. Luego, es tarea suprema de la universidad facilitar esta concepción que surge de la intensa y vasta mentalidad del genio de pensamiento y de acción en los dominios del arte, de la ética, del derecho, de la economía y de la política, que extrae constantes datos á la vida. La universidad debe dar la idea, el sentimiento y el ejemplo de un elevado pensar y saber. El que estudiando todas las aspiraciones del espíritu humano que desde las primeras manifestaciones de la vida de la materia orgánica por evolución ininterrumpida sube hasta el más complejo concepto científico del universo y á la formación de los más puros ideales, escribe su historia en los triunfos de la conciencia.

La vida de la universidad revela, por lo tanto, la causa y el efecto de

un momento determinado del progreso de la vida social: asciende la primera cuando asciende la segunda, porque deben desarrollarse inseparables dando y recibiendo impulsos; pero, la expresión de la energía dinámica de la sociedad está en la obra universitaria porque es el pensamiento que mueve el organismo, y el pensamiento se elabora precisamente en la universidad á la cual deben subordinarse todas las múltiples y maravillosamente fecundas manifestaciones del progreso social que surge por evolución de las leyes naturales y por conscientes cooperaciones humanas.

He ahí en pocas páginas trazada la soberana misión intelectual, moral y social de la universidad, misión que tiene su base psicológica en la conciencia del educando, hoy ya, desarrollada y capaz de asumir una dirección, dimanante del sentimiento de su relativo libre albedrío y de su capacidad autodidáctica, y que no debe mirar á otra cosa que á producir y difundir la elevación continua y siempre más extensamente benéfica de la sociedad de la cual la universidad es la ferviente, laboriosa é incontestable conciencia generadora de una concepción cósmica, antropológica y social siempre más elevada y humana en su realidad y finalidad.

Todo pueblo debe hallar en el instituto universitario la fuerza de su progreso y la expresión de su misión en la obra colectiva de la evolución humana.

PIETRO ROMANO

(Del R. Instituto Superior Normal de Turín)

Turín, Agosto 1906